

Narrar para no morir El analista ante la mortalidad

Marcela Sánchez- Darvasi¹

Tengo que fabricar vida con tanta muerte. Y la mejor forma de conseguirlo es la escritura. En eso estoy: sólo puedo vivir asumiendo esta muerte mediante la escritura...”

Dice Jorge Semprún, después de salir del campo de concentración al que fue enviado por trabajar con la resistencia francesa, durante la Segunda guerra. (p.19).

Este trabajo no tiene el propósito de abordar la muerte desde la perspectiva de la pulsión de muerte, más bien intenta explorar las dificultades que encontramos los humanos, especialmente en occidente, para enfrentarnos a nuestra temporalidad, las angustias y ventajas que surgen del encarar la inevitable caducidad de nuestra existencia. Bajo las circunstancias excepcionales que vivimos en la actualidad, su negación no resiste el embate de las noticias cotidianas. Como formula Freud (1915) en tiempos de guerra, nos resulta imposible desmentir la muerte, aunque “hemos intentado matarla con el silencio”.

Los planteamientos freudianos al respecto (1915) apuntan que en nuestro inconsciente nos creemos inmortales, así en el psiquismo coexisten un dictamen racional que nos informa de lo ineludible del final de la vida, con la fantasía omnipotente que sostiene nuestra inmortalidad. Freud (1915) cierra este escrito destacando que quizá sería mejor poder asignar su verdadero lugar a la muerte, lo que nos permitiría poner en práctica el antiguo dictamen “si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte” (p. 301). En otro texto de ese mismo año (1916 [1915]) el padre del psicoanálisis menciona que el valor de los seres vivos radica precisamente en lo efímero de su existencia, sin embargo, es difícil encarar la tarea

1 Doctora en Psicoterapia, APM. Psicoanalista con funciones didácticas.

psíquica que implica aceptar nuestra finitud. La realidad es que a pesar de estas declaraciones, dado que la muerte no es representable, Freud no le asigna un lugar a la dolorosa lucha del individuo con el fantasma de su mortalidad y sus repercusiones en el mundo afectivo. En 1926 el padre del psicoanálisis otorga a la angustia de castración el lugar central que debió ocupar la angustia de muerte, con la justificación que no puede despertar ansiedad algo que no existe en el inconsciente.

Pero como expresa Borges en su texto *Nueva refutación del tiempo* (1974): Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino [...] no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebatara, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego (p. 148).

La muerte consiste en un contenido para el que no existe continente. Para De Masi (2015) la ansiedad despertada ante este “dejar de ser”, se tiene que comprender como un asunto psicótico, un trauma excesivo para nuestra capacidad de procesar y su percepción necesita ser disociada, ya que nos resulta indigerible y tal como el delirio no podemos simbolizarla.

No poder concebir la experiencia misma de morir no frena nuestra concepción imaginativa de lo que ocurre cuando dejamos esta vida. Tratamos de responder a la pregunta que Ricoeur (2008) cree típicamente humana ¿Adónde van los muertos? ¿Qué pasa después de nuestro último suspiro? Los mitos son una producción creativa que surge ante esta gran incógnita. Las tradiciones mexicanas abren un momento donde se rompe la división entre los vivos y los difuntos. Los muertos regresan a visitar el lugar que habitaron, la ventana entre el reino de los que partieron y el de los vivientes, cuya apertura en el mundialmente famoso Día de muertos, se celebra con festejos y música. Una especie de espacio transicional creado por la cultura para perpetuar la presencia de aquellos que ahora moran en el Mictlán.

En la herencia literaria de la Antigua Grecia los intercambios entre los muertos y los vivos ocurren con frecuencia. Odiseo baja a las profundidades del Hades para encontrar a Tiresias el vidente ciego mediador entre los humanos y los dioses, quien le puede predecir su futuro. Se encuentra con el alma de su madre Anticlea, quien le dice ¿cómo has bajado en vida a esta oscuridad tenebrosa? (Homero, p. 176). Hace el gesto de abrazarla y ella se le escapa entre las manos como una sombra, declarando: “ésta es

la condición de los mortales cuando mueren: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño” (Homero, p.179).

La Divina Comedia representa el recorrido de Dante de la mano de Virgilio, por el otro mundo. Dante viajó al infierno al que describe como un cono invertido descendiendo hacia el centro de la tierra, está dividido en nueve círculos decrecientes y en el ápice se halla Lucifer. El purgatorio es representado por una montaña en la que existen siete círculos o terrazas que corresponden a los pecados capitales. En el tercer pasaje, Virgilio no puede entrar por haber sido pagano, Dante es recibido por su amada Beatriz, puede ver el Paraíso y regresa a la tierra para dar testimonio de lo visto.

Como señala Freud (1913b) los mitos son creaciones que tienen su origen en proyecciones de nuestro universo inconsciente. En este caso, sirven para calmar las ansiedades ante un evento que irrumpirá en nuestro camino, no sabemos cómo ni cuándo, de ahí que se lo representa como un esqueleto provisto de una guadaña que nos acecha.

Las religiones suelen asegurar que la verdadera existencia viene después de esta vida, el cielo o el averno, la reencarnación, o algún modo de prolongación del devenir humano en otra dimensión. A nivel individual, podría pensarse que nuestras elucubraciones creativas se sustentan en el mundo objetual internalizado a través de nuestras experiencias tempranas, las fantasías persecutorias de castigo o el deseable edén, tienen origen en aquello que predomina en el interior de nuestro psiquismo. Además de la fantasía de reunión con la divinidad, otras imágenes son el retorno al seno materno, al vientre de la madre tierra o la Pachamama y el sueño eterno.

Llama la atención que dentro del campo psicoanalítico poco se haya escrito sobre el difícil reto de lidiar con nuestra mortalidad. Según expresan el psicoanalista argentino Montero y sus colaboradores (2015), la omisión del tema se desprende de una fidelidad al precepto freudiano de la irrepresentabilidad del asunto, evitación que algunos teóricos consideran defensiva debido al temor del propio padre del psicoanálisis ante su muerte. Como describe Vives (2013), Sigmund Freud vivió cargando angustias persecutorias relacionadas a la posibilidad de su propio fallecimiento (p 47).

Pontalis (1976) llega a afirmar que el tema de la muerte es tan básico en el psicoanálisis freudiano como el de la sexualidad, y que si se ha acordado prominencia a la sexualidad ha sido para ocultar la omnipresencia de su sombra. Describe la actitud de Freud hacia este temido suceso, como

habiendo atravesado tres etapas. En un primer momento se expresa en el soma, es la época de su cercanía con Fliess, y sus numerosos síntomas orgánicos y obsesivos, a los que acompañan lúgubres ideaciones de fencimientos y despedidas. La preocupación con anticipar la fecha de su deceso de acuerdo a la ley de la periodicidad creada por su amigo, lo llevó a establecer momentos críticos como su cumpleaños cincuenta y uno (la suma de 23 y 28 según los ciclos de Fliess). Luego fue remplazado por otra fecha crítica, como si en este ejercicio quisiera conjurar la muerte teniendo el control del momento de su llegada. La segunda etapa, comienza con la Interpretación de los sueños (Freud, 1900), aquí la ansiedad se muestra en el ámbito psíquico, la partida de su padre y la culpa edípica de sobrevivirlo. Quizá habría que añadir, como destaca Vives (2013), el fallecimiento de su hermano Julius agrega peso a esta culpa. Pontalis afirma que el postulado freudiano que nuestro inconsciente no puede concebir la propia muerte, es una negación sorprendente en alguien que pudo percibir muchas representaciones de la muerte en los sueños y cuentos, tales como el mutismo, la ausencia y la palidez (Freud, 1913b). Finalmente, en su última teoría de las pulsiones, que constituye la tercera etapa, el fenómeno se sitúa en la raíz del inconsciente como fuerza que desliga y opera desde el mismo núcleo del ser. Sorprende que en *Más allá del principio del placer* (Freud, 1920) aparece el mismo año en el que a Freud le detectan una lesión cancerosa en la boca, cuya malignidad no le revelan aunque le recomiendan que se opere. Se podría especular como algunos indican, que la concepción de una pulsión que desliga y desintegra corre en paralelo a la gestación de un proceso orgánico de destrucción, surge la pregunta ¿será la última teoría pulsional un intento de representar lo inefable que sucedía en su mundo celular?

Concuerdo con Pontalis que el espectro de nuestra caducidad nos hace huir defensivamente a poner el acento sobre lo erótico, lo vital, lo que preserva nuestra continuidad. Nuestros modelos de desarrollo no consideran el deceso como un evento que moldea el transcurso de la vida humana. Erikson (1982) agregó una novena etapa a las ocho formuladas previamente, una etapa que comprende entre los ochenta y los noventa años, con sus conflictos y fortalezas, pero nunca menciona que la temporalidad de su existir es el mayor desafío al que el individuo debe enfrentarse en ese momento. Como si el inescapable destino del devenir humano, la muerte, no formara parte de la vida o sobrepasara nuestra posibilidad de integrarlo.

Asumir que no somos inmortales inflige una herida narcisista cuya elaboración como faceta importante en el proceso analítico ha sido omitida. Gabbard (2015) asevera que los psicoanalistas han ignorado la muerte como un importante determinante de la angustia inherente al hecho de ser humano y la han transformado en algo diferente, las denominadas angustia de castración o de separación.

El acontecer actual destaca la necesidad de que los psicoanalistas hayan elaborado, en algún grado, el duelo asociado a asumir el deceso propio. Dadas las preocupaciones, angustias y pérdidas de seres queridos, que nos traen hoy los pacientes y el temor a la muerte manifiesto o velado en sus discursos. Estamos experimentando lo que Puget y Wender (1982) denominan “mundos superpuestos.” Cuando la realidad externa ha invadido el espacio analítico donde se conjuntan las resonancias de ambos psiquismos y el campo analítico se contamina. El analista corre el riesgo de responder desde su ser social, no desde su ser analítico.

Las noticias traumáticas repetidas pueden saturar emocionalmente al analista y llevarlo a caer en un repliegue narcisista, en el que deja abandonado al paciente a través de somnolencia, aburrimiento, cansancio y otras somatizaciones. Otra situación relacionada es el “síndrome de la pared rota”, cuando el analista atraviesa por una circunstancia dramática en su vida personal que pasa a ser de conocimiento público, su anonimato desaparece y los pacientes reciben información que emerge en el material de las sesiones. La disociación necesaria para ejercer la función analítica suele estar bajo el asedio de la situación traumática propia y a esta se agrega la carga traumática de los pacientes. El riesgo aquí es recurrir a defensas que impidan la asimilación gradual de los eventos, como caer en el silencio evitativo, interpretar compulsivamente o rigidizarse en un ofuscamiento emocional que paraliza.

Como subraya Quinodoz (2010), para que los pacientes nos puedan verbalizar sus propios temores ante el suceso que pondrá fin a sus vidas, es necesario el reconocimiento de nuestra propia angustia ante la muerte y así tolerar libremente la necesidad del otro de explorar dicho temor. Los analistas, recomienda esta autora, deben pensar en su propia muerte y asimilar el hecho de que puede estar cercana. Esto último constituye un aspecto heroico en el ser humano y así lo afirma Bollas (2015), son admirables aquellas personas que han aceptado su mortalidad, y es algo que se puede percibir y sentir. Sin embargo, consiste en un duelo que puede o no haberse llevado a cabo y cuando se enfrenta demasiado tarde no es factible

modificar el curso de la propia trayectoria vital, cuyo valor esencial es su inevitable carácter terminal. La literatura nos ofrece un ejemplo ilustrativo de esto en *La muerte de Iván Ilich* del gran Tolstoi (1886), obra en la que el protagonista se da cuenta cuando su final se aproxima, que ha desperdiciado su existir satisfaciendo convenciones sociales y se encuentra solo al término de sus días. Su única oportunidad de “ser” fue malgastada, nadie va a llorar su partida, no tiene amor ni una mano que lo sostenga en sus momentos de sufrimiento. La vida consiste en una oportunidad “fieramente preciosa” justamente por ser una ocasión momentánea, destinada a extinguirse, dice (Savater, 1996 p.226).

¿Cómo se va elaborando este evento que con certeza nos espera? Los niños pequeños suelen creer que la muerte es reversible, lo definitivo de la misma se aprehende cuando las nociones piagetanas del pensamiento operatorio y la idea de irrevocabilidad se establecen, solamente así se adquiere una concepción adecuada del fenómeno. La mayor parte de la vida se piensa como algo que le sucede a los otros, la muerte de los propios padres es la primera llamada de atención para algunos. Es a partir de la mediana edad que la inevitabilidad de la muerte se acentúa como un evento psíquico a elaborar. Ante la innegable decadencia física las defensas narcisistas comienzan a resquebrajarse, proceso que suele marcar una transición o una crisis (Montero, Ciancio y Sigman, 2015). La aceptación de la muerte también depende de la calidad del ideal del yo, de la tolerancia al dolor psíquico de la pérdida y de la capacidad para estar a solas, (De Masi, 2004). De enfrentar y asumir los desprendimientos que la vida nos va ofreciendo en el camino, esas pequeñas muertes antes del pasaje final al que se ha denominado “practicar el arte de morir”. Si bien no somos capaces de imaginar lo que sigue cuando nuestro aparato psíquico deje de funcionar, sabemos con certeza que la vida continúa sin nosotros, que debemos desprendernos de nuestros seres queridos, de nuestra consciencia de “ser”, de nuestro lugar en el mundo y todo nuestro bagaje humano.

El psicoanalista Martin S. Bergman (2014) cuando se acerca a los cien años, escribe que su experiencia clínica le sugiere que aceptar la muerte depende de nuestra capacidad de apoyarnos en los buenos objetos internalizados. Cuando nos vamos a dormir cargados de angustia, dominados por objetos persecutorios, no descansamos y nuestros sueños son perturbadores, mientras que, si nos dirigimos al descanso acompañados de nuestros objetos buenos, protectores, podemos dormir sin temor. Aunque Bergman no profundiza en esta analogía, se podría acotar que este “partir”

asido a objetos amorosos depende de aceptar el fin, sin odio ni envidia y así, sin temer a la subsecuente retaliación.

“Acabé de despedirme de mí misma”, afirmó Ana una mujer cercana a los 90 años quien perfectamente lúcida decidió provocar su muerte. Durante semanas mantuvo conversaciones con amigos y familiares, les dijo adiós y contestó a todas sus preguntas, puso en orden todos sus papeles y anunció la fecha del último día de su vida. La frase ya mencionada fue escrita en el cuaderno de notas en que registró sus pensamientos mientras esperaba su muerte y tuvo conciencia, estaba muy serena y hasta se vislumbra que se despedía de la vida con una distancia llena de humor. Esto es lo que describe Ricoeur en su obra póstuma *Vivo hasta la muerte* (2008) como realizar el trabajo de duelo del apego a sí mismo y la renuncia a las proyecciones de sí, se logra transferir a otros el amor por la vida y morir consiste en un acto donativo generoso.

Esta muerte y otras de quienes han partido en admirable paz son las que Alizade (1995) denomina “muertes eróticas,” en oposición a muertes “tanáticas”. Aquellas donde predomina la investidura libidinal que es depositada en los que quedan y a quienes se lega el deseo de vivir. Cuando se ha logrado lo que esta autora denomina “narcisismo terciario”, concepto que se inspira en el llamado “narcisismo cósmico” de Kohut, surge una transformación que involucra una desinvestidura gradual del self acompañada de un proceso de duelo, y un desplazamiento de estas cargas a valores supraindividuales y hacia el mundo con el que sujeto se identifica. Mediante este movimiento es posible el desprendimiento de sí mismo necesario para aceptar la propia muerte. Alizade (1995) explica este giro como un retorno a la comunión con el todo, propio del comienzo de la vida, movimiento mediado por el principio de realidad de un individuo que acepta sus limitaciones y lo transitorio de su “estar en el mundo”; mientras valora trascender a través de sus semejantes y las futuras generaciones. De acuerdo a esta autora, esta renuncia narcisista conduce a la sabiduría, al humor, a la solidaridad con los congéneres y a la preocupación por el futuro de los que permanecen. Podemos pensar que desde esta actitud psíquica aquello que concierne es la vida como proceso general que atañe a todo lo viviente, el apego a lo individual se difumina en un vuelco que nos permite trascender como parte de un continuo que se perpetúa en lo que dejamos atrás.

Octavio Paz (1978) escribe “frente a la muerte la vida se dibuja y se inmoviliza... nuestra muerte ilumina nuestra vida... si carece de sentido es porque nuestra vida no lo tuvo... cada quien tiene la muerte que se hace

“dime cómo mueres y te diré quién eres” (p.20).

Resumen

Este trabajo realiza un recorrido, partiendo de la postura de Freud y examinando diferentes autores contemporáneos cuyos escritos provienen tanto del campo psicoanalítico como aquel de la filosofía, del difícil enfrentamiento del ser humano a su propia finitud. Plantea que la negación de la mortalidad ha llevado a conducir a la creación de imágenes tanto literarias como pictóricas y religiosas, que representan un imaginado “más allá” en el que continúa nuestra existencia.

El hecho de que seamos seres finitos permea en el transcurso de nuestras vidas despertando una angustia que provoca defensas de tipo maniaco como negación y omnipotencia, para evadir confrontar lo inevitable del encuentro final. Pocos tienen el valor de prepararse para partir, debería ser un tema que se aborde en el proceso analítico con los pacientes y también en el trabajo interno del psicoanalista.

El psicoanálisis no le ha dado un lugar de importancia a la huella angustiada que imprime a nuestra vida, especialmente a partir de la mediana edad, el ineludible término de nuestro ciclo vital. Una de las razones, como señalan diversos autores, podría tratarse del planteamiento freudiano acerca de la no representabilidad de la muerte y la noción de inmortalidad que postura existe en el inconsciente.

Palabras clave : muerte; mortalidad; angustia de muerte.

Summary:

This theoretical overview begins with Freud's ideas about death and mortality and the contributions of other contemporary writers, from the psychoanalytic field as well as philosophic one. This paper approaches the difficult encounter of the human being with his own finitude. Its denial has brought the creation of multiple images literary, pictorial and religious, that represents the “other side” of a continuing existence.

The fact that we are finite beings permeates our life awakening an anxiety that provokes manic defences as denial and omnipotence that have the purpose of avoiding facing our inevitable encounter with death. Few are the brave enough to prepare for the final departure. This should be a matter addressed in the analysis of our patients as well as in our own internal work

as analysts.

Psychoanalysis has not given a place of importance to the anxious trace that the end of life prints to our existence, particularly from middle age on. One of the reasons for this situation, as diverse authors signal, could be the Freudian proposition about death's lack of representation and the existence of an unconscious notion of immortality in humans.

Key words: death, mortality, death anxiety.

Bibliografía

- ALIGHIERI, D. (1304-1321) *La Divina Comedia* trad. Bartolomé Mitre. Fundación El Libro Total.
- ALIZADE, M. (1995). *Clínica con la muerte*. Amorrortu Eds. Bs. Aires.
- BERGMAN, M.S. (2014). Psychoanalysis in Old Age. En: *Clinical Implications of the Psychoanalyst's Life Experience*. Editor Steven Kuchuck. Routledge: N.Y y Londres.
- BOLLAS, C. (2015) Entrevista. En Montero, J.G.; Ciancio de Montero, A.M.; Singman de Vogelfanger, L. *Actualizando la Mediana Edad*. Ediciones Karnac, Londres.
- BORGES, J.L. (1974) Nueva refutación del tiempo. En Otras inquisiciones. *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- DE MASI, F. (2004) *Making Death Thinkable: A Psychoanalytic Contribution to the Problem Transience of Life*, London: Free Association.
- DE MASI, F. (1915) Entrevista. En Montero, J.G.; Ciancio de Montero, A.M.; Singman de Vogelfanger, L. *Actualizando la Mediana Edad*. Ediciones Karnac, Londres.
- ERIKSON, E. (1982) *The Life Cycle Completed*. W.W. Norton & Company: N.Y, London.
- FREUD, S. (1913a) Totem y Tabú. *Obras completas*, XIII, BS. Aires: A.E.
- FREUD, S. (1913b). El motivo de la elección del cofre. *Obras completas*, VII, BS. Aires: A.E.
- FREUD, S. (1915) De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras completas*, XIV, BS. Aires: A.E.
- FREUD, S. (1916, [1915]) La transitoriedad. *Obras completas*, XIV, BS. Aires: A.E.
- FREUD, S. (1920) Más allá del principio del placer. *Obras completas*, XVIII, BS. Aires: A.E.
- FREUD, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras completas*, XX,

BS. Aires: A.

E.

GABBARD, G. (2015) Entrevista. En Montero, J.G.; Ciancio de Montero, A.M.; Singman de Vogelfanger, L. (2015). *Actualizando la Mediana Edad*. Ediciones Karnac, Londres.

HOMERO. *La Odisea*. Trad. Luis Segalá y Estalella. Ed. Losada-Océano. México, 1999.

MONTERO, J.G.; CIANCIO DE MONTERO, A.M.; SINGMAN DE VOGELFANGER, L. (2015). *Actualizando la Mediana Edad*. Ediciones Karnac, Londres.

PAZ, O. (1978) *El laberinto de la Soledad*. Fondo de Cultura Económica; México, 1981.

PONTALIS, J.B. (1976) Sobre el trabajo de la muerte. En: *Entre el sueño y el dolor*. Sudamericana, Bs. Aires, 1978.

PUGET, J.; WENDER (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 4(3) 502-532.

QUINODOZ, D. (2010) *Growing Old A Journey of Self Discovery*. Routledge, London and N.Y.

RICOEUR, P. (2008). *Vivo hasta la muerte*. Fondo de Cultura Económica, México.

SAVATER, F. (1996) *Diccionario filosófico*, Ed. Planeta México.

SEMPRUN, J. (1995) *La Escritura o la Vida*. Barcelona: Tusquets Editores

TOLSTOI, L. (1886) *La muerte de Ivan Ilich*. Plutón Ediciones, Madrid.

VIVES R, J. (2013) *La muerte y su pulsión una perspectiva freudiana*. Paidós, México